



República Oriental del Uruguay

DIARIO DE SESIONES



CÁMARA DE REPRESENTANTES

4ª SESIÓN (EXTRAORDINARIA)

PRESIDEN LOS SEÑORES REPRESENTANTES

GUILLERMO ÁLVAREZ
(Presidente)

Y DOCTOR DANIEL BIANCHI
(1er. Vicepresidente)

ACTÚAN EN SECRETARÍA LOS TITULARES DOCTOR HORACIO D. CATALURDA Y DOCTORA MARGARITA REYES GALVÁN
Y EL PROSECRETARIO SEÑOR ENRIQUE SENCIÓN CORBO

Texto de la citación

Montevideo, 23 de diciembre de 2002.

LA CÁMARA DE REPRESENTANTES se reunirá, en sesión extraordinaria, el próximo jueves 26, a la hora 15, a efectos de adoptar resolución respecto a la interrupción del receso (inciso tercero del artículo 104 de la Constitución y literal C) del artículo 90 del Reglamento) con el fin de tomar conocimiento de los asuntos entrados y considerar, previa declaración de grave y urgente, el siguiente

- ORDEN DEL DÍA -

Homenaje al señor ex Vicepresidente de la República y Presidente de la Asamblea General, doctor Enrique Tarigo.

HORACIO D. CATALURDA MARGARITA REYES GALVÁN
S e c r e t a r i o s
--o0o--

NOTA: De acuerdo con lo dispuesto en el artículo 10 del Reglamento, se requerirá la presencia de más de la mitad del total de componentes de la Cámara para que pueda declararse abierta la sesión.

Por aplicación de lo establecido en el literal C) del artículo 90 del Reglamento será necesaria mayoría absoluta para adoptar resolución respecto de la interrupción del receso y para calificar la urgencia de cada uno de los asuntos que figuran en la convocatoria.

SUMARIO

	Pág.
1.- Asistencias y ausencias.....	4

CUESTIONES DE ORDEN

3.- Declaración de gravedad y urgencia	4
--	---

VARIAS

2.- Interrupción del receso	4
-----------------------------------	---

ORDEN DEL DÍA

4.- Homenaje al señor ex Vicepresidente de la República y Presidente de la Asamblea General, doctor Enrique Tarigo.	
— Manifestaciones de varios señores Representantes.	
— Se resuelve hacer un minuto de silencio y que la versión taquigráfica de lo expresado en Sala sea enviada a la esposa del doctor Enrique Tarigo y al Partido Colorado.....	4

1.- Asistencias y ausencias.

Asisten los señores Representantes: Guillermo Álvarez, Juan Justo Amaro, Mario Amestoy, José Amorín Batlle, Fernando Araújo, Raúl Argenzio, Beatriz Argimón, Roberto Arrarte Fernández, Roque E. Arregui, Ángeles Balparda, Artigas A. Barrios, José Bayardi, Edgar Bellomo, Juan José Bentancor, Nahum Bergstein, Daniel Bianchi, José L. Blasina, Gustavo Borsari Brenna, Nelson Bosch, Rosario Bueno, Brum Canet, Julio Cardozo Ferreira, Nora Castro, Ricardo Castromán Rodríguez, Roberto Conde, Jorge Chápper, Silvana Charlone, Guillermo Chifflet, Juan Domínguez, Silver Estévez, Alejandro Falco, Ricardo Falero, Alejo Fernández Chaves, Ramón Fonticiella, Luis José Gallo Imperiale, Carlos González Álvarez, Gustavo Guarino, Tabaré Hackenbruch Legnani, Arturo Heber Füllgraff, Doreen Javier Ibarra, Luis Alberto Lacalle Pou, Félix Laviña, Ramón Legnani, Óscar Magurno, José Carlos Mahía, Juan Másoli Bianchi, José Homero Mello, Felipe Michelini, Pablo Mieres, Ricardo Molinelli, Martha Montaner, Ruben Obispo, Jorge Orrico, Francisco Ortiz, Gabriel Pais, Ronald Pais, Gustavo Penadés, Margarita Percovich, Alberto Perdomo, Darío Pérez, Enrique Pérez Morad, Carlos Pita, Martín Ponce de León, Iván Posada, Yeanneth Puñales Brun, Carlos Riverós, Glenda Rondán, Víctor Rossi, Adolfo Pedro Sande, Diana Saravia Olmos, Alberto Scavarelli, Leonel Heber Sellanes, Pedro Señorale, Gustavo Silveira, Julio C. Silveira, Lucía Topolansky, Daisy Tourné, Wilmer Trivel, Jaime M. Trobo, José L. Veiga y Walter Vener Carboni.

Con licencia: Washington Abdala, Ernesto Agazzi, Álvaro Alonso, Gustavo Amen Vaghetti, Raquel Barreiro, Jorge Barrera, Ricardo Berois Quinteros, Ruben Carminatti, Ruben H. Díaz, Daniel Díaz Maynard, Daniel García Pintos, Orlando Gil Solares, Julio Lara, Guido Machado, Artigas Melgarejo, María Alejandra Rivero Saralegui y Ambrosio Rodríguez.

Faltan con aviso: Guzmán Acosta y Lara, Carlos Baráibar, Eduardo Chiesa Bordahandy, Luis M. Leglise, Enrique Pintado, Julio Luis Sanguinetti y Raúl Sendic.

2.- Interrupción del receso.

SEÑOR PRESIDENTE (Bianchi).- Habiendo número, está abierta la sesión.

(Es la hora 15 y 39)

—La Cámara ha sido convocada a efectos de adoptar resolución respecto a la interrupción del receso, de

acuerdo con lo dispuesto por el inciso tercero del artículo 104 de la Constitución y por el literal C) del artículo 90 del Reglamento.

En primer término, se va a votar si se levanta el receso.

(Se vota)

—Cincuenta y dos en cincuenta y tres: AFIRMATIVA.

3.- Declaración de gravedad y urgencia.

De acuerdo con lo dispuesto en el literal C) del artículo 90 del Reglamento, se va a votar si se declara grave y urgente el asunto motivo de la convocatoria: "Homenaje al señor ex Vicepresidente de la República y Presidente de la Asamblea General, doctor Enrique Tarigo".

(Se vota)

—Cincuenta y dos por la afirmativa: AFIRMATIVA. Unanimidad.

4.- Homenaje al señor ex Vicepresidente de la República y Presidente de la Asamblea General, doctor Enrique Tarigo.

De acuerdo con lo resuelto por la Cámara, se pasa a considerar el asunto motivo de la convocatoria: "Homenaje al señor ex Vicepresidente de la República y Presidente de la Asamblea General, doctor Enrique Tarigo".

Tiene la palabra el señor Diputado Scavarelli.

SEÑOR SCAVARELLI.- Señor Presidente: con el doctor Tarigo nos unió una larga relación, que comenzó con mi condición de alumno, de discípulo suyo, siendo estudiante de la Facultad de Derecho. Diría que esta relación tuvo un broche formidable en el terreno de lo académico cuando mi único hijo, que estudiaba derecho -se recibió hace poco tiempo-, tuvo en el doctor Tarigo a uno de sus últimos profesores.

Fue abogado, profesor, escritor, político, Vicepresidente de la República, Presidente de la Asamblea General, negociador tenaz, batllista esencial, esposo, padre, amigo; un duro lleno de ternura. Los que lo conocimos siempre supimos que detrás de esa fortaleza había un hombre pleno de ternura y humor, un

valiente que al mismo tiempo fue capaz de una enorme comprensión.

No puedo dejar de referirme a mi profesor, a mi líder político, porque cuando inicio mi vida política en la Lista 85, en aquellos primeros estertores predemocráticos, fue un referente permanente, inolvidable, un hombre de bien que nos seguirá siempre guiando en el recuerdo.

Además, el doctor Tarigo fue un procesalista. Quienes en esta Cámara compartimos la profesión del derecho como vocación sabemos que un procesalista es, por esencia, aquel tipo de hombre o mujer científico del derecho que busca el camino para conjugar los principios y la filosofía de la vida con las garantías del proceso debido, para que se cumpla con nuestro derecho y con lo que se nos debe. Pero cuando, además, un hombre aborda y abraza la vida política, como fue el caso del ex Vicepresidente Tarigo, esa condición de hombre de derecho se conjuga con lo que hemos sentido siempre como filosofía del derecho y de la política. Ni a la política ni al derecho los sentimos llamados a asegurar la felicidad de la gente, pero tienen, tanto la política como el derecho -y este último antes que nada-, la obligación de evitar a la gente el sufrimiento generado por la desprotección de la norma. El doctor Tarigo representó esa simbiosis, esa convicción, esa personalidad firme de un hombre cuya primera vocación era el derecho.

Cuando la hora histórica lo convocó, no vaciló, y no solo desde el llano, sino desde la más absoluta desprotección personal, se jugó por los principios en que creía para asegurar un resultado que luego devino en la reconocida epopeya del plebiscito constitucional de 1980. Ese plebiscito constitucional a veces recoge lecturas difíciles, y no es bueno que se sienta que los uruguayos que no votaron por el "No" hayan estado de acuerdo con la dictadura. Eso fue lo grande del doctor Tarigo: él se puso al frente del "No" con la convicción de que aun los que, en el error, no estaban compartiendo ese "No", tenían una profunda vocación de sacarse de encima el peso, el lastre de una dictadura que era oprobio para el sistema democrático nacional.

Fue abogado, profesor, escritor, político, negociador, hombre de familia y amigo de frases abiertas, consejero sin estridencias, hombre no ampuloso cuando tenía que decirnos lo que sentía y pensaba. La ampulosidad no formaba parte de su esencia. Cada

vez que tuvimos que verlo encontramos en él a un hombre dispuesto a apoyarnos en toda circunstancia.

Por eso, después de haber vivido el trance de su sepelio, de esa muerte que nos sorprendió a partir de una enfermedad que desconocíamos y de la que solo informó a sus amigos más íntimos, de haber escuchado aquellas frases encendidas del ex Presidente Sanguinetti, del Vicepresidente Hierro López y de José Luis Batlle, Secretario General del Partido -pronunciadas en la hora póstuma de su sepelio-, refrendamos y recordamos un compromiso. Renovamos el compromiso de tratar de seguir los pasos que tienen que ver con la vocación de pertenecer a un sistema político transparente pero con contenido, a un sistema político intenso, jugado por las ideas, pero comprensivo para quienes, dentro del marco de la Constitución y de la ley, piensan distinto.

Fue un hombre que no transó con lo que sintió que nunca debía transar y que, sin embargo, cuando llegó la hora del reencuentro nacional, estuvo en primera fila para tender un brazo fraterno, para sacar al país del marasmo institucional en que se encontraba.

Quienes lo han tratado de un modo u otro han sabido de su firmeza y de su honestidad de procedimientos. Fue un hombre que cuando comprometía su palabra, se terminaba la expectativa y la duda, y que cuando nos pedía que asumiéramos una responsabilidad, sabíamos que lo íbamos a tener detrás para ser firmes.

Hoy hablaba con el ex Presidente Sanguinetti y nos contaba lo que significó para él, como Presidente de la República, haber tenido a un Vicepresidente de esta magnitud. Sin duda, se trató de un hombre intelectual y moralmente íntegro, de un opositor tenaz en las circunstancias en que tenía que ser opositor, de un ser firme en sus convicciones y, sobre todo, de un hombre de mente y de brazos abiertos y con firmeza de carácter.

Renuevo el compromiso de aquel modo de hacer política que aprendimos a su lado y que fuimos luego perfeccionando cuando nos tocaron responsabilidades al lado del Presidente Sanguinetti. A su memoria, a su recuerdo, al referente que fue, a la influencia que dejó en nosotros y a la influencia que le vi dejar en mi hijo, saludo hoy y, como dije, renuevo ese compromiso.

Gracias, señor Presidente.

SEÑOR PRESIDENTE (Bianchi).- Tiene la palabra el señor Diputado Orrico.

SEÑOR ORRICO.- Señor Presidente: en primer lugar, quiero agradecer especialmente a mi bancada, la del Encuentro Progresista-Frente Amplio, que me ha confiado el honor de que, en su nombre, hable en este acto de homenaje al doctor Tarigo. Especialmente por tratarse de la figura del doctor Tarigo, es para mí una responsabilidad que asumo con mucho gusto participar en estos discursos de despedida y homenaje que le estamos dedicando.

La vida política, señor Presidente, se caracteriza por los enfrentamientos y las coincidencias, de las cuales a veces nos olvidamos. Sabido es, porque es un hecho muy público, que el nivel de enfrentamientos que tuvimos con el doctor Tarigo -hablo en plural porque también voy a involucrar a la figura de mi querido compañero, el señor Diputado Martín Ponce de León- llegó aun a los estrados judiciales.

Debo decir que más allá de esto, que es una pequeñísima historia, hace muy pocos días -o sea, muy poco antes de su muerte-, estuve en esta Cámara con el doctor Tarigo y me vino a saludar tan afablemente como siempre, lo que demuestra que el doctor Tarigo tenía muy claro qué significa ser abogado; los que ejercemos esta profesión sabemos que no siempre es así. Hablando ahora con el señor Diputado Ponce de León, me decía que también tuvo un encuentro con él y que fue un encuentro absolutamente afable, de gente a la que, en definitiva, les une el común amor al sistema democrático; y creo que eso es lo que hay que destacar.

No importan las pequeñas historias cuando cesa la vida de una persona; importa la gran historia. Y Tarigo, sin duda por méritos propios, pasará a la gran historia por acontecimientos que conoce todo el mundo y también por pequeños acontecimientos que es necesario que las nuevas generaciones conozcan para saber hasta dónde se puede ser grande cuando uno hace lo que cree que tiene que hacer, aunque, naturalmente, no todos tenemos por qué estar totalmente de acuerdo con qué es lo que hay que hacer.

Todos quienes estamos aquí recordamos el acto de tremendo coraje que significó aquel programa de televisión donde él, junto a Pons Etcheverry y frente al doctor Bolentini y al doctor Viana, debatieron en contra de aquella reforma constitucional que la dicta-

dura sometió a plebiscito en 1980. Todos recordamos aquello y el orgullo que sentimos de ser uruguayos cuando vimos que existía gente que estaba defendiendo determinados valores.

Todo empezó con un artículo en la revista "Noticias", donde Tarigo había dicho: "Si esto se plebiscita, yo voy a votar por 'No'". Eso trajo como consecuencia que ese fuera su último artículo en dicha revista.

Tarigo no era un ser político; por lo menos, no político como lo podemos ser nosotros. En realidad, fue llevado a la política. Tarigo era, por sobre todas las cosas, un profesor, y como decía quien me antecedió en el uso de la palabra, era un profesor de Derecho Procesal, que es una especie muy particular dentro de nuestra Facultad.

Era un hombre absolutamente entregado a sus alumnos, nada perezoso cuando se le decía: "Doctor, tenemos esta bolilla y no tenemos material". Inmediatamente, hacía un artículo y lo repartía. Era absolutamente pródigo hacia sus alumnos y con mucha facilidad suministraba todos los conocimientos que él tenía; no todos son así en nuestra carrera, y es bueno que se sepa. Él nos enseñaba absolutamente todo.

También es bueno que se sepa -por eso a veces hablo de las pequeñas historias- que por aquellos años, instalada la dictadura en el Uruguay, a Tarigo se le ofreció un cargo dentro de la Facultad. Tarigo era docente, y a todo docente le interesa, naturalmente, hacer una carrera y llegar a Grado 5. Y a Tarigo se le ofreció un cargo que él sostenía que no le correspondía. Decía que se lo estaban dando porque el profesor al que le correspondía era comunista y, por serlo, se le estaba negando el cargo. Eso trajo como consecuencia no solo que Tarigo no aceptara ese cargo, sino que se fuera de la Facultad, algo que le significó un sacrificio muy grande.

Por eso digo que la gran historia es la de la televisión, la de Libertad y Cambio, la de "Opinar" -todo eso que es conocido-, pero es bueno que se sepa, cuando se va a valorar a alguien porque se fue de esta Tierra, que hay pequeñas historias que abonan los grandes gestos que son conocidos por la gente.

Quiero decir que frecuentemente, en estos ambientes en los que nos movemos, se habla de la austeridad republicana, y convengamos que a veces se abusa del término; a veces, se dice que una persona

es austera cuando de ello tiene muy poco, por lo menos dentro de los parámetros que aquí manejamos. Yo voy a contar esta anécdota. El doctor Tarigo -todos lo sabemos- era un acérrimo partidario del Club Nacional de Football. Él iba siempre a la Tribuna Olímpica; recuerdo haberlo visto con Luis Hierro López antes del ochenta. Hierro fue compañero mío de preparatorios, de manera que allí nos saludábamos. Recordemos también que Tarigo fue el que defendió con mucho énfasis la tesis del decanato de Nacional. Pero esto, en realidad, no tiene que ver con estas cosas. Un día jugaba Nacional, creo que con Danubio, en el Parque Central, y Tarigo ya era Vicepresidente de la República. Yo estaba haciendo la cola para sacar la entrada, y cinco, seis o siete lugares delante de mí estaba Tarigo haciendo la cola para sacar su entrada. Cuando se habla de la austeridad republicana, estos son los síntomas que demuestran que alguien tiene la austeridad que muchas veces se atribuye a otras personas sin que lo merezcan.

Quiero decir que en nuestra vida hemos tenido un acuerdo esencial con el doctor Tarigo cuando se trató de defender el sistema democrático. Hemos tenido enfrentamientos muy duros, pero debemos decir hoy, con toda honestidad, que este hombre, que fue Vicepresidente de la República, que fue un gran procesalista, que fue un gran abogado, merece todo nuestro respeto.

En esta hora de balances decimos que este muerto no pertenece solo al Partido Colorado. Decimos al Partido Colorado y a su sector -pues queremos que así lo sientan- que la bandera del Frente Amplio-Encuentro Progresista se inclina respetuosamente ante este muerto, que es de todos.

SEÑOR PRESIDENTE (Bianchi).- Tiene la palabra la señora Diputada Rondán.

SEÑORA RONDÁN.- Señor Presidente: debo confesar que, curiosamente, o quizá por estar en estos tiempos ocupada con otras actividades, desconocía -creo que como muchos compañeros integrantes de esta Cámara- la enfermedad que aquejaba al doctor Tarigo. De la misma forma, lamentablemente, me enteré tarde de su fallecimiento. Aunque no creo que en los despojos mortales quede absolutamente nada de quien fue poseedor de ese cuerpo, sin duda me hubiese gustado acompañarlo, quizá por una cuestión de respeto a su familia, de afecto a su mujer y de

profundo afecto y comprensión a mis compañeros del Foro Batllista. Pero, lamentablemente, la mayoría de quienes integramos la Lista 15 no nos enteramos de ese suceso.

Me gustaría definir al doctor Tarigo con las mismas palabras con que lo hizo Tomás Linn en su columna de "Búsqueda": "La voz, el rostro y el alma del 'No'". Quienes en esos años teníamos suficiente edad, tuvimos la posibilidad, por ser personas no demasiado importantes desde el punto de vista político a nivel de la interna de nuestros Partidos, de ejercer la militancia -una militancia controlada, por supuesto- que no pudieron realizar otros hombres y mujeres de todos los partidos políticos porque estaban proscriptos. Tarigo, con su decidida acción, con su palabra clara, rotunda, tajante, con ese estilo tan peculiar de ser que a quien no lo conocía le hacía parecer que para él las cosas eran blancas o negras, aunque no era así, fue esa cara visible que quitó a muchas uruguayas y uruguayos el miedo que imperaba en aquellos años en la República; les quitó el miedo cuando valientemente, desde diferentes medios, dijo que no a una reforma constitucional que sin duda iba a hundir a la República en una vergüenza aún mayor de la que había sopor-tado durante tantos años de dictadura.

Sentíamos nosotros, militantes del Partido Colorado, a su semanario "Opinar" y a nuestro "Correo de los Viernes" como los reductos de la defensa de la libertad y de la democracia, reconociendo fundamentalmente que si otros medios no había era porque otros partidos, otras personas, estaban proscriptas. En "Correo de los Viernes" pudimos ver desfilar a muchísimas personas; recuerdo ahora -porque tengo enfrente a mis compañeros del Herrerismo- al doctor Luis Alberto Lacalle, quien escribía allí y, curiosamente, en aquellas épocas su mujer nos avisaba cuando se lo llevaban preso, porque sin duda horas después iban a llevar al doctor Sanguinetti.

Desde "Opinar" y desde "Correo de los Viernes" se levantaban las voces de ciudadanas y ciudadanos en contra de la dictadura y a favor de la apertura democrática.

Quiero recordar una oportunidad en la que no dejaron salir "Opinar". El doctor Tarigo lo voceó en la Plaza Libertad; lo voceó él mismo y lo entregó de mano a mano a la gente, conjuntamente con otras personas, como Luis Hierro, Ope Pasquet, Manzi y mu-

chos otros que en ese momento estaban con él en "Opinar", al mejor estilo de los rusos cuando la dictadura soviética no les dejaba decir su palabra.

Desde mi punto de vista fue un combatiente, pero fue un combatiente de la palabra. No voy a reiterar lo que dijeron quienes hablaron antes que yo recordando los históricos enfrentamientos en televisión, que para nosotros sinceramente eran un deleite. Porque Tarigo y Pons Etcheverry nos representaron a todos; en aquel momento todas las uruguayas y todos los uruguayos nos sentimos representados por aquellos dos hombres que reclamaban a quienes ilegalmente y por la fuerza ocupaban el Gobierno, que se fueran cuanto antes.

Pero ese hombre que, como bien dijeron por ahí, quizá era más un docente que un político, dadas las circunstancias se transformó en un hombre político. ¡Y qué hombre político! ¡Y qué Vicepresidente de la República! ¡Y qué Presidente del Senado! ¡Y qué Presidente de la Asamblea General!

Recuerdo que cuando asumió trajo consigo un arma, lo cual nos podía parecer bastante incongruente en alguien como él, que era un hombre de derecho. Cuando le preguntamos por qué, él dijo: "Bueno, por las dudas; porque a mí de acá solamente me sacan muerto". Eso también habla del coraje de un hombre de paz; ¡del coraje de un hombre de paz!

Ese combatiente tuvo, supo tener, la hidalguía del vencedor. ¿A qué vencedor me estoy refiriendo? ¿Al vencedor político del Partido Colorado que ganó las elecciones en esa instancia, conjuntamente con el doctor Sanguinetti? No; al vencedor del cambio en paz, al vencedor que luchó para que aquellos que habían torturado, que habían puesto gente presa, que nos habían robado lo más caro -¡lo más caro que tenemos los hombres y las mujeres en cualquier lugar del mundo: la libertad!- también tuvieran un lugar para poder pensar, reflexionar y arrepentirse. Por eso levantó la mano y votó la ley de caducidad: por su hidalguía, porque creyó que, al igual que en la Guerra Grande, podíamos pensar que no había vencidos ni vencedores.

En verdad, admiré profundamente al doctor Tarigo. Hoy podría recordarlo como el hombre que, conjuntamente con la doctora Reta -quien fue mi abogada cuando fui presa en 1983-, quiso defenderme; pero sería muy egoísta de mi parte hacer referencia a

cuestiones estrictamente personales, que guardo como un honor: que dos personas de esa estatura moral hayan querido ser mis defensores.

Para terminar, señor Presidente, quiero decir que fue un hombre que murió como vivió, porque jamás se entregó ante los escollos que la vida le puso, en tanto fue un hombre sano, en tanto fue un hombre político, en tanto fue un docente de la Facultad de Derecho. Fue un hombre extremadamente digno; un hombre que no aceptó una cátedra porque se la habían quitado malamente a otro en la época de la dictadura; un hombre que no aceptó escribir en un lugar donde le dijeron: "Esta nota no se publica"; un hombre que fue fiel a sus principios desde el comienzo de su vida de adulto hasta el fin. Un hombre al que ni siquiera pudo debilitarlo una enfermedad tan cruel como la que tuvo, que guardó para sí y, como dijeron hace un rato, quizás para algunos de sus amigos más queridos.

Murió con esa dignidad con la que me parece que solo pueden hacerlo los hombres y las mujeres dignos, los hombres y las mujeres libres. Murió y quiso irse de este mundo con la misma austeridad republicana con la que vivió. No quiso honores, señor Presidente. Quizás, a nosotros nos hubiera gustado acogerlo en la Casa del Partido Colorado para despedirlo desde allí, pero, como decía el señor Diputado Orrico, trascendió los partidos. Y quizás nos hubiera gustado despedirlo desde el Salón de los Pasos Perdidos, donde tan bien hizo valer la democracia y la libertad, cuando fue integrante del Senado, cuando fue Vicepresidente de la República. Pero se fue como quiso: usó de su libertad hasta ese último momento.

Nosotros, señor Presidente, queremos saludar a su familia, a su mujer y a sus hijos, a sus nietos, a su Foro Batllista. Pero también, desde nuestra Lista 15, queremos decir que sentimos que tenemos un pedacito de Tarigo, porque en 1984 formó parte de aquel Batllismo Unido que ojalá podamos reeditar algún día, así como era Tarigo, sin egoísmos, sin apetencias personales: él supo renunciar a su banca de Senador porque entendió que no tenía que ocuparla por segunda vez; es uno de los pocos casos en que yo he visto obrar así.

Creo que el sistema político y la República toda hoy se inclinan silenciosos, porque han perdido a un hombre que era un respaldo, un hombre que podía

ser consultado por parte de un hombre o de una mujer de cualquier partido político.

Lo tendremos siempre en nuestro corazón, porque esa gente no se va nunca: permanece. Pero permanece en la medida en que todos y cada uno de nosotros, trascendiendo los partidos políticos, podamos ser portadores de esas banderas que él supo llevar, que más que partidarias fueron las banderas de la patria, de la libertad, de la democracia, de la igualdad y de la fraternidad.

Muchas gracias.

SEÑOR PRESIDENTE (Bianchi).- Tiene la palabra la señora Diputada Montaner.

SEÑORA MONTANER.- Señor Presidente: en este austero homenaje que hoy realizamos en la Cámara de Diputados, diría que porfiadamente se replica sobre una de las características del doctor Tarigo, y es que estos actos importantes se hacen sin ostentación: los palcos están vacíos, pero estamos nosotros aquí, con los argumentos y con el fiel recuerdo de la historia marcada por un hombre del quehacer, de la vida del Uruguay.

Quiero destacar que la figura que hoy estamos homenajeando es muy especial y hace que el acto realizado en este recinto también lo sea. Voy a explicar por qué. Cada vez que recordamos aquí a una personalidad, evidentemente la recordamos por su destaque en determinado ámbito, por alguna de sus facetas, que todos respetamos y con la que nos sentimos más consustanciados, más afines. Pero el doctor Tarigo es una figura especial, porque se da un hecho inédito y que se refleja en este homenaje: todos quienes estamos en esta Casa de la democracia sentimos que al doctor Tarigo lo tenemos que homenajear en un acto de agradecimiento y de tributo personal, porque fue un hombre que en los años ochenta impidió la constitucionalización de un régimen militar y puso en marcha todos los mecanismos para recuperar la democracia. Por eso digo que todos, sin excepción, sentimos que debemos valorar al doctor Tarigo, porque algo que él forjó para todos nos pertenece, y es la libertad.

En la vida de los hombres hay giros, hay circunstancias que determinan un cambio de rumbo y los ponen de cara a la historia; cierta circunstancia, vivida con pasión, con convicción, con ese coraje que

tenía el doctor Tarigo, aun sin contar permanentemente con la distinción o con el aplauso del soberano, determina que sea tomada por las páginas de la historia, que siempre está ávida de nutrirse de hombres y de hechos, para colocarlo en la galería de la inmortalidad. Tarigo está en la galería de la inmortalidad.

Tarigo, el hombre del "No", ese hombre de privilegiada pluma, por sus conocimientos, por su condición de abogado, por sus enseñanzas, por su condición de profesor de Derecho Procesal, por sus convicciones y su coraje, desató una de las batallas más duras. No tenía instrumentos ni herramientas, pero sí poderosas razones; no utilizó la violencia ni las armas de fuego: utilizó la palabra, la persuasión y el intelecto. El año 1973 lo encuentra en el pleno ejercicio de su profesión de abogado y de la docencia, como profesor de Derecho Procesal en la Universidad de la República. Y allí, tal como expresaron algunos de los compañeros que me precedieron en el uso de la palabra, sintió la incomodidad de la injusticia cuando se lo quiso designar para ejercer un cargo que a él no le correspondía y que le era negado a otro ciudadano por pensar diferente, por estar en filas del Partido Comunista. Entendió que eso no era lo correcto, se negó a aceptarlo y renunció. Estas son las cosas que nos van mostrando las diferentes facetas del hombre a quien hoy le rendimos tributo.

Es así que, siguiendo con el curso de los acontecimientos, por ofrecimiento de la dirección del diario "El Día" continúa canalizando sus expresiones a través de la actividad periodística política, porque en aquel momento la política como tal, como actividad, estaba prohibida.

Su pasión, sus ideas y su efervescencia democrática cada vez lo movilizaban más. Tarigo ya no tenía sosiego; su destino estaba determinado, y era la batalla y la lucha del hombre por la libertad y por la democracia. Siguió buscando canales para continuar expresándose y los encontró en la revista "Noticias". En esa revista, ante la osadía que implicaba en esa época su expresión convencida de oposición a lo que él creía que implicaba cercenar nuestros derechos, también se le cerraron las puertas. Pero obtuvo un acto de solidaridad por parte de sus compañeros, quienes ante la injusticia renunciaron junto a él.

Me viene a la memoria una anécdota que recordara la compañera que me antecedió en el uso de la

palabra: Tarigo, en soledad, una calurosa tarde de enero salió a vocear y a repartir un artículo que había escrito: había resuelto que de cualquier manera había que impedir que en el plebiscito se institucionalizara el régimen militar. Y semanas antes del plebiscito fundó "Opinar", desde cuyos editoriales nos enriqueció y nos enriquece, porque cuando se trata de la defensa del ser humano, la historia reitera, más que renueva, los principios por los cuales luchamos.

Realmente punzante, liberal e intransigente, impulsó el "No". Su claridad de ideas nos ayudó; lo llamaban "maestro" porque dio paso a generaciones nuevas, les extendió la mano y mostró el camino a figuras jóvenes para transitar por esta democracia que íbamos a refundar y reinaugurar.

El debate televisivo junto a Eduardo Pons Etcheverry configura realmente un testimonio histórico. Por eso, cuando reflexionamos sobre el reclamo que se hace en el editorial del diario "El País" del 22 de diciembre para que Tarigo y Pons Etcheverry ingresen al nomenclátor de la ciudad, creemos realmente de justicia que así sea. Porque los hombres que transitan y que transitarán por las calles de este país, y que lo hacen libremente, tienen que saber que hubo otros hombres que dejaron lo mejor de sí y de su vida para legarles ese privilegio. Cuando reclamamos que entren los hombres al nomenclátor queremos que sean hombres de valía, que sean hombres que en cada esquina reflejen y refresquen la historia a las generaciones nuevas. Esperamos que, sin mezquindades y sin avasallamientos, en los órganos naturales de la democracia donde se toman las decisiones para designar las calles, no se quite el nombre a ninguna avenida importante, pero tampoco se pongan esos nombres a calles muy colaterales o de extramuros.

Desde este Parlamento vamos a solicitar que se edite una compilación de todos los artículos y editoriales publicados en "Opinar" que fueron escritos por el doctor Enrique Tarigo, figura que a la hora de su despedida no contó, como dicen las crónicas y como hubiéramos deseado, con toda la clase política y su dirigencia. No debió ser así, pero de todas maneras este hecho no le quitó grandeza al muerto.

Gracias, señor Presidente.

SEÑOR PRESIDENTE (Bianchi).- Tiene la palabra el señor Diputado Penadés.

SEÑOR PENADÉS.- Señor Presidente: la bancada de legisladores del Partido Nacional me ha solicitado -y con gusto he aceptado- que, en su nombre, tribute homenaje póstumo a quien fuera Vicepresidente de la República y Presidente de la Asamblea General, doctor Enrique Tarigo.

Inicio mis palabras diciendo que quizás por la forma como transcurrió la vida del doctor Enrique Tarigo, y dada la lista de oradores, este homenaje se va a extender más de lo que a él le habría gustado y de lo que correspondería a la austeridad que reflejó su vida.

El Partido Nacional está homenajeando quizás a una de las definiciones más claras de lo que es ser colorado. El doctor Enrique Tarigo fue una de las expresiones más claras de representación de lo que son las largas tradiciones del Partido fundado por el Brigadier General Fructuoso Rivera. Por ende, entonces, estamos homenajeando a uno de nuestros más importantes adversarios políticos de los últimos tiempos. Esto no nos impide que comparezcamos ante esta Cámara a reconocer que en uno de nuestros más grandes adversarios de los últimos tiempos se encuentra también uno de los más grandes servidores que la República toda ha tenido desde la reinstitucionalización democrática hasta la fecha.

(Ocupa la Presidencia el señor Representante Álvarez)

—Con la autoridad que nos da el haber estado en más de una oportunidad enfrentados y el hecho de que él fuera uno de los representantes más fieles de lo que es ser colorado en nuestro país, es que el Partido Nacional hoy lo homenajea a él y a su gestión.

El doctor Enrique Tarigo es la expresión más cabal de lo que es un ciudadano ciudadano, es decir, un producto de la ciudad. Es, además, una de las expresiones más cabales de esa intelectualidad superior que nuestro país tiene y tuvo, producto de la Universidad de la República. Y si a eso le sumamos el racionalismo practicante y el republicanismo en el que militó y con el que adornó y aderezó toda su vida, estamos hablando de un ciudadano ejemplar, de un ciudadano de esos que no posó para la historia. No tuvo esa actitud en los momentos de ser un simple ciudadano ni en aquellos en los que fue convocado por la República a representarla y a ser su representante en este Poder, sino que transitó siempre según sus con-

vicciones. Pocos ciudadanos pueden decir esto y de pocos ciudadanos se puede decir esto: que desde el llano -como nos gusta decir a los blancos- hasta las más encumbradas responsabilidades procedió de la misma manera, fiel a sus convicciones.

Por eso no nos debe llamar la atención la forma en que murió ni la forma en que fue despedido, porque me imagino que la forma en que murió y la forma en que fue despedido fue la que él eligió, con esa sobriedad republicana que tienen los hombres que están convencidos de estar cumpliendo con su deber. A ellos no se les regala nada ni cumplen con nada que la República no les obligue a realizar.

Permítame decir, señor Presidente, que el término República no lo uso por casualidad; es un término que el doctor Tarigo repetía insistentemente, a veces hasta marcando las diferencias entre nuestro Partido Nacional y el Partido Colorado. Nunca me voy a olvidar de cuando dijo que una de las más grandes definiciones de una divisa y otra es que mientras los blancos en el momento de la convocatoria y del juramento gritamos: "¡Viva la Patria!", el Partido Colorado grita: "¡Viva la República!". Eso que nos hace diferentes -para quienes hoy creen que somos iguales- y eso que define dos caras de una misma moneda, esto que determinó que una de las colectividades estuviera en el desembarco de la Agraciada -nada más y nada menos- y la otra en episodios sucesivos, hizo que cuando estábamos frente al doctor Tarigo -como dije al inicio de mi exposición-, los blancos sintiéramos que estábamos frente al Partido Colorado. No solamente ante el batllismo -sector en el que militó e ideas a las que abrazó con calor-, sino ante el Partido Colorado. Es así que quienes entonces nos iniciamos en la vida institucional de nuestro país, recordamos -como bien se señalaba aquí- el plebiscito de 1980 como uno de los jalones que van a identificar y reconocer en el doctor Enrique Tarigo a uno de sus más fieles militantes.

En televisión he visto dos debates inolvidables. Uno fue aquel al que se hacía referencia aquí, en el que participaran por el "No" los doctores Enrique Tarigo y Pons Etcheverry. Y debo decir con toda honestidad intelectual que en ese debate -yo tenía quince años la noche en que lo vi-, en la figura de los doctores Pons Etcheverry y Enrique Tarigo sentí la fiel representación de lo que el sistema político uruguayo era.

Quienes provenimos de familias que se han dedicado a la actividad pública desde larga data y tuvimos que soportar primero el ataque de unos y después el de otros -primero, de los que se levantaron en contra de la institucionalidad democrática de nuestro país y, luego, de quienes vinieron diciendo que iban a salvar a la República; ¡de los dos!-, los políticos profesionales que abrazamos la labor de servidores públicos con los conceptos básicos que esta tarea tiene, en 1980, en aquella noche, vimos a dos ejemplares -uno de ellos que provenía de ese sistema y otro que, sin provenir de ese sistema, como el doctor Enrique Tarigo, entendía que la hora era la de servir a la patria, a la República, como le gustaba decir a él- convocando a los ciudadanos a militar activamente por el "No".

Otro de los debates inolvidables que vimos -vale la pena también decirlo en este momento- fue el que don Wilson Ferreira Aldunate mantuviese en otro canal de televisión con el doctor Antonio Marchesano y con el General Liber Seregni. Fueron dos de los debates políticos que recuerdo quizá como elementos a ser convocados en cualquier clase de Ciencia Política para ver cómo es la expresión más cabal de hombres que se dedican a esta tarea cuando están convencidos y lo hacen por amor a ella.

El doctor Enrique Tarigo militó dentro de ese Partido Colorado que, como bien se dijo aquí, abrió puertas, quizá como un personaje de Rodó, como un profesor a los que Rodó apela tantas veces en sus escritos y libros, convocando a una nueva generación dentro del Partido. Fue así que desde su Lista 85 y desde "Opinar" abrió las puertas a la renovación de sectores de ese Partido, dando oportunidades a quienes entonces lo convocaran y conocieran como su profesor.

Fue electo Vicepresidente de la República. Cuando desde el lugar donde está sentado usted, señor Presidente, anunciara que en su despacho tenía un revólver para defender la institucionalidad del país y que la última bala sería utilizada contra su propia vida en caso de que esta institución fuera nuevamente atacada o mancillada, todos le creímos. Todos vimos en ello, no un acto de demagogia barata ni un acto que convoca al aplauso fácil; todos vimos en ello el acto de un ciudadano que estaba resuelto a defender hasta con su propia vida la institucionalidad de nuestro país en la figura de este Parlamento, que es quizá la definición más importante de la institucionalidad y

de la vida democrática de un país. Todos creímos que en caso de que hubiera sido necesario, el doctor Tarigo habría ofrendado su vida al servicio de la institucionalidad.

No es poca cosa, señor Presidente, que eso sea recordado hoy respecto a alguien que cuando llegó el momento de retirarse de la vida política lo hizo con la misma austeridad con la que ingresó y en el mismo silencio con el que ingresó. Creo que el doctor Enrique Tarigo, a diferencia de muchos otros, no utilizó el escenario como forma de autoproclamarse o de satisfacer falsas y espurias vanidades, sino como un acto de servicio para el que fue convocado. Entendió que su misión había terminado y se retiró con el silencio de quienes se retiran sabiendo que han cumplido con su deber. Por eso, quizá, la despedida que se brinda al doctor Enrique Tarigo tendría que ser mucho más silenciosa: porque creo que el doctor Enrique Tarigo se retiró de esta vida con tranquilidad de conciencia, tranquilo de que había cumplido con su deber, tranquilo de que había dado los mejores años de servicio a la República.

Es así, señor Presidente, que el Partido Nacional, el Partido que conjuntamente con el Partido Colorado ha transitado durante más de ciento cincuenta años de vida en nuestro país -que nos ha encontrado tantas veces enfrentados y tantas veces juntos, tantas veces en la guerra civil y tantas veces en el acuerdo salvador de la República-, hoy tributa homenaje a quien fuera una de las más fieles expresiones de lo que es ser colorado en nuestro país. El Partido Nacional, el Partido Blanco, es el que hoy, desde la Cámara de Representantes despide a su tradicional adversario -a quien tantas veces enfrentados estuvimos, pero también con quien tantas veces pactamos para lograr los grandes acuerdos nacionales que son necesarios para sacar el país y la República adelante-, no con un "hasta siempre", sino con un "hasta pronto", porque en su racionalismo y en su ser agnóstico, como el doctor Tarigo era, no podemos despedirlo como a nosotros nos gusta, con la cristiana tranquilidad de saber que se encuentra sentado a la diestra de Dios Padre. Conociendo eso, nosotros, los que creemos, sabemos también que el doctor Tarigo se fue con la tranquilidad de conciencia de haber cumplido con su deber.

Nada más, señor Presidente.

SEÑOR PRESIDENTE (Álvarez).- Tiene la palabra el señor Diputado Falero.

SEÑOR FALERO.- Señor Presidente: uno quisiera tener el don de la elocuencia para poder rememorar -por supuesto, sin dejar de reconocer las capacidades del doctor Tarigo desde el punto de vista personal y periodístico- a quien fue uno de los jalones más importantes de la historia de este país.

Creo que no alcanza con decir o con contar lo que significó la acción del doctor Tarigo en 1980; habría que establecer cuál era el estado del país en 1980 para entender la importancia, el coraje, la fuerza y la convicción que el doctor Tarigo puso en esa acción. Quizás contándola hoy no seríamos fieles en cuanto a tratar de transmitir -fundamentalmente para el futuro y para quienes no la vivieron- la instancia de aquel domingo de noviembre. El país estaba en plena dictadura desde hacía siete años y no se había producido ningún fenómeno democrático electoral desde 1971, es decir, desde hacía nueve años. No había libertad de reunión; no había partidos políticos funcionando; no había un fervor político partidario que moviera masas ni grupos de personas, y ni siquiera había posibilidades reales de manifestarse públicamente a favor o en contra de la situación. Había miedo en la opinión pública; se hablaba en voz baja hasta en los ómnibus, en los barrios, en el almacén, en la carnicería; había presos políticos; había gente torturada en los cuarteles; había destituidos; había exiliados por todo el mundo repartidos porque la dictadura así lo había determinado. Había una falta absoluta de libertades públicas; no funcionaba el Parlamento, no funcionaba la Cámara de Representantes ni la de Senadores; el Poder Ejecutivo había sido invadido por quienes establecieron la dictadura.

En ese estado de situación, la figura del doctor Tarigo fue casi como una bendición para el país. No sería explicable el plebiscito de 1980 en ese estado de situación si no hubiera existido una figura de la envergadura del doctor Enrique Tarigo. Todo lo demás que vino en la esfera política debe haber sido consecuencia de los hechos y actos relacionados con ese plebiscito del "No".

La gente se preguntaba: "¿Qué pasará después si gana el 'No'?". ¡La gente tenía miedo! Recuerdo discusiones y conversaciones que manteníamos, en las que resultaba muy difícil convencer a alguien que ra-

cionalmente podía estar de acuerdo con el "No" pero íntimamente tenía temores, para que efectivamente pudiera plasmar en la urna, con su voto, el decir "No" a la Constitución de la dictadura.

En ese estado de situación, el doctor Tarigo, haciendo gala de un coraje muy particular y, además, de una gran capacidad de razonamiento, pudo transmitir a la gente de este país -aunque seguramente masticando su rabia, para poder ser claro y no hacer que esta obnubilara la razón- que la resistencia a la dictadura, que la gente sentía silenciosa y calladamente, se podía expresar a través de un voto que hacía nueve años que los uruguayos no emitían. Fue esa capacidad de interpretación del sentir popular -ni siquiera del razonamiento popular, sino del sentimiento popular de resistencia que, ¡por suerte!, albergaban los corazones más que las cabezas de la gente de este país- lo que permitió que el doctor Tarigo llevara adelante una tarea que no sería explicable si no se conjuntaran estas dos cosas: la capacidad de razonamiento, casi didáctica, del doctor Tarigo al explicar las situaciones que estaban planteadas, y la comunión de su sentimiento de defensa de las libertades públicas y de la democracia con el sentimiento de resistencia de la gente. Esa comunión fue la que hizo posible ese "No" ejemplar para el mundo; sorpresivo para muchos, pero sin duda ejemplar para el mundo. Los diarios del mundo no podían entender cómo en este pequeño país, en medio de una dictadura, sin propaganda política, sin acción de los partidos políticos, sin reuniones públicas y sin debates muy importantes o masivos, la gente decía que no a la dictadura por la vía democrática. Era casi impensable que eso pasara, sobre todo en una América Latina llena de dictaduras.

Creo que esto no es un homenaje al doctor Tarigo, sino, más bien, una forma de rendir honores a un republicano. Creo que es deber de la Cámara de Representantes y del Parlamento -aunque él no lo quisiera- rendir honores a quien defendió el sistema democrático a costa de su propia seguridad -con el coraje, la decisión y la valentía que le eran propios, en defensa de sus propias convicciones-, pese a cualquier dictadura, a los temores y a todo lo que la gente eventualmente pudiera sentir.

Por eso creo que hacemos muy bien -me siento honrado de hacer uso de la palabra en este momento- en rendir honores al doctor Enrique Tarigo, no como a un integrante de un partido político, sino como a un

republicano de ley que a esa hora de la República fue imprescindible para salir de la dictadura tenebrosa que por muchos años asoló a nuestro país.

Muchas gracias, señor Presidente.

SEÑOR PRESIDENTE (Álvarez).- Tiene la palabra el señor Diputado Bergstein.

SEÑOR BERGSTEIN.- Señor Presidente: anoche leíamos las memorias del Comandante Huber Matos, quien en alguna parte dice -la cita no es textual- que hay momentos en que la tierra de la patria parece particularmente fértil en dosis de coraje y valentía. Esto viene a cuento al evocar la figura de Enrique Tarigo.

Sartre escribió una vez a propósito de André Gide que hay valentías y valentías. ¿Qué quiere decir? Que hay veces que una persona pone en evidencia grandes pruebas de coraje en una situación absolutamente imprevista en la cual se ve envuelta. Emprende, por ejemplo, un viaje en barco, este naufraga y la persona pone en evidencia en el naufragio dosis de coraje que ni ella misma sospechaba que tenía; pero la persona no eligió estar en esa situación límite. Sin embargo, es distinto el caso del transeúnte que pasa por la calle, estalla un incendio, se entera de que hay una persona aprisionada por las llamas y, sin pensar en sí mismo, se abalanza para rescatarla. No estaba obligado a hacerlo porque era un simple transeúnte; sin embargo, respondiendo a un noble impulso, resolvió acudir al rescate de un desconocido. Pero hay una tercera categoría de valentía, que es la de aquel que al cabo de un lógico raciocinio, en forma persistente, sin prisa y sin pausa, asume posiciones a las que no estaba obligado por nada ni por nadie, sino solo por su conciencia, y a lo largo del tiempo resuelve mantenerse en esa posición riesgosa. Este es el caso de Enrique Tarigo.

Aquí se recordó, y con brillantez, el famoso debate que tuvo un efecto, a mi juicio, decisivo en el resultado del plebiscito de aquella reforma constitucional, porque, como bien decía el señor Diputado Scavarelli, no había un problema conceptual entre la mayoría de los que votaron por "Sí" y los que votaron por "No"; había un problema táctico en cuanto a si valía la pena aprovechar ese pedazo que se nos daba y que serviría como trampolín para plantear más adelante otras posiciones, o si, votando por el "No", se corría el riesgo de que se inmovilizara el régimen

del proceso. Como el problema era táctico y no de fondo, aquel debate tuvo una importancia definitoria porque es más fácil persuadir a otros en materia de tácticas.

Recuerdo cuando en los años subsiguientes, por ejemplo en la época del acto del Obelisco, integrantes del cuerpo diplomático preguntaban dónde estaba el 40% que había votado por el "Sí" pocos años antes, y hubo que explicarles que ese 40% nunca había estado con el régimen, sino que se había tratado entonces de un problema de táctica política y que, afortunadamente, estuvieron equivocados.

Pero la trayectoria pública de Tarigo viene de mucho antes; no empezó con ese histórico debate, sino que cuando este tuvo lugar su voz ya era esperada con impaciencia. Aquí se recordó con inusual elocuencia y brillantez cuando años antes renunció a la cátedra en adhesión a la injusta proscripción del profesor Arlas. Y no solo renunció silenciosamente a la cátedra -lo que aminoraba el riesgo-, sino que escribió aquel famoso artículo publicado en el diario "El Día" que se llamaba "Adiós a la Facultad", que por suerte a la larga no resultó un "adiós". Pero él no fue el primero en renunciar voluntariamente a sus cargos académicos; hubo algunos docentes que lo hicieron incluso antes que él. La profesora Ofelia Grezzi -espero que no se entere de mis palabras porque presumo que su exasperante modestia me haría objeto de una dura amonestación- renunció a su cátedra el mismo día de la intervención de la Universidad. Recuerdo que poco tiempo después, el doctor Tarigo, compañero de estudios de Ofelia Grezzi, me decía de ella: "¡Pero qué coraje el de esta mujer!".

Pero lo de Tarigo venía aún de antes, desde los años más duros, porque el proceso no fue el mismo en 1973, 1974, 1975, 1976 y 1977 que desde 1979 en adelante. En los años más duros, semana a semana, él convertía sus palabras en pistolas cargadas -para usar la expresión de Bernard-Henri Lévy- que iban al corazón de la dictadura; semana a semana abría un boquete en el hormigón de los días y se constituía en una luz en el túnel de la oscuridad, dando expresión a lo que sentíamos y no nos animábamos a decir. Esto lo hacía con la austeridad y moderación propias de los republicanos, porque los republicanos, inclusive cuando festejamos, lo hacemos con gran alegría en el corazón, pero con gran moderación en el estilo, como cuando celebramos el triunfo del "No" en el ya recor-

dado plebiscito. De esta manera, Tarigo suscitó en forma gradual, como la gota de agua que horada la piedra, un fervor y una impaciencia -en la cual consistía su fuerza- que hicieron que los demás esperáramos algo de él. Y cuando llegaron aquellos momentos definitorios del plebiscito constitucional, ya estábamos esperando, como dijimos antes, la palabra del doctor Tarigo.

Estuvo cuando había que estar, antes que muchos otros que se dejaron ver en las barricadas en la undécima hora, porque desde el principio no tuvo docilidad ni se plegó ante los hechos consumados.

Nosotros nos hemos sentido cerca de él, porque por espacio de varios años fue Presidente del Comité Uruguayo en Pro de los Derechos de los Judíos de la Unión Soviética. Él sentía que la causa de los derechos humanos no sabe de fronteras ni puede estar teñida de política. Cuando se vulneran los derechos humanos, se vulnera la dignidad del hombre, venga de donde venga. Cuando se tiñe de color político la causa de los derechos humanos, la estamos bastardeando, la estamos esterilizando.

En aquellos años en que tuvimos el privilegio de estar cerca de él, Tarigo comprendió que los judíos de la Unión Soviética estaban expuestos a gravísimos peligros, y en verdad no queremos imaginar lo que hubiera pasado con ellos si Stalin no se hubiera muerto a tiempo, porque tenía planes ya estructurados para un triste destino de esos millones de personas. Y eso no murió con Stalin, porque, como muy bien lo dijo el doctor Tarigo, cuando a los judíos de la Unión Soviética se les fue cercenando derecho tras derecho, nadie podía imaginar cuál habría sido el fin del camino. El domingo pasaron en la televisión una película sobre un boxeador ruso a quien, por ser judío, le prohibieron integrar la delegación soviética que iba a concurrir a los Juegos Olímpicos. El libreto nos resulta familiar.

Él sentía que esto era una causa propia, y en un opúsculo que editó el Comité Central Israelita termina expresando: "Los que afirmamos la libertad como el supremo valor de la dignidad humana no podemos permanecer indiferentes hacia todas esas conculcaciones de la ley natural". Eso lo convirtió en una figura emblemáticamente representativa de esta causa y alérgica a todo tipo de extremismos de derecha y de izquierda, porque ambos comparten un amplio espectro de fobias ideológicas, asumen su propio funda-

mentalismo político, asumen que sus dogmas son verdades reveladas y terminan sumiéndonos en sufrimiento, humillaciones y violencia.

En alguno de los homenajes que se ofreció al doctor Tarigo hace pocos días, se dijo de él que no era un político de raza, pero nosotros no estamos para nada seguros de que eso sea así. Cuento un pequeño episodio. Hace poco tiempo, Tarigo fue a mantener una entrevista por un tema profesional con un abogado que trabaja en la sede donde yo trabajaba como abogado y donde aún, simbólicamente, tengo un despacho. Antes de entrar a la reunión, le dijo a la telefonista que quería saludarme. Por supuesto, yo estaba en mi despacho aquí enfrente, pero la telefonista me avisó por teléfono y me fui rápidamente para allá.

Me preguntó cómo andaban las cosas en la Cámara de Diputados, y tuvimos la charla más larga y efusiva que nunca hayamos tenido antes. Yo no sabía que él estaba enfermo. Esto sucedió -lo acabo de confirmar- el 20 de octubre. Lo recuerdo con un aspecto jovial, hasta con alegría, con su gran habano en la boca. Quizás me pareció que estaba un poco pálido, pero alegre, contento. Sin embargo, ya hacía semanas o meses que sabía que era víctima de un mal incurable.

Pero lo que quería decir es que en esta, nuestra última conversación, llegué a la conclusión de que Tarigo sí era un político de raza. Llegué a la conclusión de que era un hombre tocado por la política, que todo lo que hacía estaba impregnado por ella y que por instinto o por raciocinio apostaba al lugar del espíritu donde convergen las fuerzas magnéticas del momento. A lo mejor era un político de otra raza, cuya peculiaridad consiste en que las posiciones personales, que siempre son importantes en política, y es legítimo -no lo criticamos-, no eran la condición sine qua non de todo lo demás. A lo mejor, era un precursor de una nueva raza de políticos que es la que espera la sociedad uruguaya, raza en la cual uno no se abalanza con toda su fuerza tras objetivos personales; un político a carta cabal desde aquellas primeras apariciones y artículos suyos, que ya de por sí eran actos políticos, porque como muy bien lo recordó aquí la señora Diputada Montaner, se había censurado un número de "Opinar" y él repartía copias mimeográficas en la Plaza Cagancha. Nosotros lo fuimos a saludar y él dijo: "Ese es mi 'samizdat'". "Samizdat" es

una palabra rusa que se refiere a las copias a mimeógrafo que clandestinamente distribuían los disidentes en la Unión Soviética; y, obviamente, estos eran actos claramente políticos.

Tarigo era un político en el más pleno y noble sentido de esa honorable profesión. Y también sufrió, como solo sufren los políticos cuando afrontan una derrota política. Pero era un político a carta cabal.

Debo terminar. Lo hago diciendo que nos deja una pena por partida doble y una gran frustración. Nos deja una pena por partida doble, porque, en lo personal, nunca nos animamos a manifestarle el respeto y la admiración que nos provocaba. Nos inhibíamos de alguna manera para decirle lo que por él sentíamos.

¡ Cuán malo es a veces ser tan parco en el elogio!

Decíamos que es una pena por partida doble por lo que significa su pérdida, el ejemplo de su rutilante vida política, el ejemplo de su vida como tal, más allá de los cargos que desempeñó para todos nosotros; y decíamos que sentimos una gran frustración, porque creo que es mucho lo que el país podía esperar todavía de ese hombre en la arena política. En épocas tan difíciles como las que estamos atravesando, creemos que Enrique Tarigo seguía siendo un gran referente para combatir el retorno de los demonios ocultos, vengan de donde vengan.

Gracias, señor Presidente.

SEÑOR PRESIDENTE (Álvarez).- Tiene la palabra el señor Diputado Máspoli Bianchi.

SEÑOR MÁSPOLI BIANCHI.- Señor Presidente: quisiera dejar una constancia.

Creo que cuando se tiene la actitud honorable de hablar con respeto, con reconocimiento, hasta en alguna medida con admiración de un adversario, sin duda se destaca y se engrandece su figura, pero eso también habla de la hidalguía de quien así lo hace. Me parece muy importante dejar eso sentado.

La muerte de Tarigo produjo congoja nacional, en particular para esta Casa, porque fue uno de sus hijos. También nos ayudó a entrar en este ámbito, desde los años ochenta y desde el extenso trabajo que a nivel político, partidario y de las ideas realizó a lo largo de toda su vida. Él creía básicamente en el sistema, creía en los partidos políticos, en la democra-

cia representativa, valores que hoy los tenemos muy firmes y asentados, pero allá, por los años ochenta, para los dictadores de turno no existían, y para muchos que no habían tenido la posibilidad de vivir la época previa al golpe de Estado era cuestión de anécdota. Él contribuyó y fue piedra fundamental para afirmar estas cosas que, por suerte, el Uruguay ha recuperado.

Creía en el Uruguay esencialmente. Fue un hijo de este hermoso país; fue un producto de su esfuerzo. Todo lo que obtuvo, todo lo que tuvo, todo lo que consiguió desde el punto de vista de su reconocimiento, de su formación, de su intelectualidad, fue fruto de su trabajo, de su esfuerzo, de su dedicación; en definitiva, de su compromiso. Y en esto fue fiel a sus principios e intransigente en ellos, pero, a su vez, fue un fiel representante de ese pragmatismo racional que sin duda es el batllismo.

La gesta del ochenta ha sido más que destacada; es el santo y seña que nos marcó a muchos y que tuvo a Tarigo como actor fundamental. Fue a partir de entonces que se empezó a desarrollar esta vida democrática que hoy el Uruguay disfruta plenamente. No voy a abundar en este sentido porque ha sido muy bien destacado por todos quienes me han precedido en el uso de la palabra el tremendo papel y el coraje fundamental que tuvo Tarigo en aquella hora, un coraje que continuó en las elecciones de 1982 y en la construcción del Batllismo Unido, que fue una piedra angular para la recuperación. También fue destacada, sin duda, su labor en el ejercicio de la Vicepresidencia, institución que lo honró y a la cual él también honró. Así que todos esos aspectos fueron muy bien descritos por quienes nos han precedido.

Yo inicié mi vida política junto a él, desde 1980 y en la fundación de Libertad y Cambio, de la Lista 85. Tengo cientos de recuerdos muy vivos de lo que significaba para todos nosotros la figura de Tarigo, "el viejo maestro" o "el maestro", como le decíamos. Recuerdo sus editoriales en "Opinar", y tantas otras jornadas que fueron cruciales para la recuperación democrática.

Días pasados conversábamos con amigos de aquella época sobre un libro que recibiera de sus manos, "Las enseñanzas de Don Juan", de Castaneda. Hay un párrafo que recuerdo de memoria -con los errores que sabrán perdonar-, que marca lo que sig-

nificó Tarigo. Allí se hablaba de los enemigos que todo ser humano enfrenta en la vida. Y el primer enemigo que tiene todo ser humano son los miedos: los miedos a vivir, los miedos a hacer, los miedos a pensar, los miedos a enfrentar las dificultades; frente a este enemigo sucumbe la gran mayoría de los seres humanos; y estoy hablando de ambos géneros, de hombres y de mujeres. El doctor Tarigo sin duda que había vencido a este primer enemigo. Es así como se adquiere la claridad de las enseñanzas, la claridad de ver cuáles son las cosas posibles; en definitiva, dónde están las dificultades, hacia dónde hay que caminar. Y es ahí donde el ser humano empieza a enfrentar al segundo enemigo, realmente terrible, que es la claridad misma, la que le hace creer que todo es posible. Cuando puede controlar esa claridad, supera a ese gran segundo enemigo. Y a este también lo había superado el doctor Tarigo. Cuando enfrenta a estos enemigos, adquiere entonces el verdadero poder: el poder de cambiar las cosas, el poder de conducir los hechos, el poder de administrar sus consecuencias, y es ahí -dice la enseñanza- donde se enfrenta al tercer gran enemigo, que es el propio poder, la tentación de creer que todo está a su alcance, ante lo cual los hombres que han superado los dos anteriores muchas veces sucumben. Y al poder también lo había derrotado el doctor Tarigo.

Allí se enfrenta con el último enemigo, con el más terrible, con el más duro, ante el cual la clave es distanciar la derrota, no entregarse, en definitiva, y este es la muerte. Es un enemigo frente al cual, biológicamente, todos nosotros vamos a perder. Pero el hecho no es ese. El hecho es no perder frente a la muerte antes de la muerte misma. Y es allí donde Tarigo dio una lección brutal, y también derrotó a la muerte; sin duda que la derrotó. La enfrentó con la hidalguía y el coraje de siempre y la derrotó, porque no se entregó hasta el último día. Esa es la clave para superar a estos cuatro grandes enemigos.

Sin duda, tenía razón Hierro cuando, días pasados, decía: "Tarigo era una roca". Era una roca en sus principios, era una roca en su honradez. Y era una roca moral y ética, una roca de referencia. Era una roca sólida en sus convicciones y en sus conocimientos, y era una roca también en la lealtad, cuestión bien importante.

Creo, señor Presidente, que a Tarigo se lo puede definir como un hombre bueno en el sentido más pu-

ro. Por eso, en esta hora de despedida y de recordación, vaya nuestro más grande respeto hacia él. Estará siempre con nosotros y nos continuará guiando.

SEÑOR PRESIDENTE (Álvarez).- Tiene la palabra el señor Diputado Ronald Pais.

SEÑOR PAIS (don Ronald).- Señor Presidente: en estos días de fin de año, muchas veces uno comienza a realizar esos balances a los que todos somos adeptos para revisar lo que ha ocurrido en los últimos trescientos sesenta y cinco días y pronosticar, también, lo que vendrá en el futuro, en el próximo año. Una de las cosas que permanentemente está en nuestra preocupación es el concepto que en la sociedad generamos quienes tenemos alguna actividad política, el juicio que en definitiva el pueblo hace sobre sus dirigentes.

Nos ha preocupado especialmente este tema, porque hablando con muchos compañeros de esta Cámara, de distintos partidos, la mayoría me ha dicho que ninguno de sus hijos adolescentes quiere ni ha pensado en seguir la actividad política, como si sintiera la sociedad una especie de rechazo hacia lo que, en definitiva, hacemos aquellos que tenemos una responsabilidad pública encargada por la misma ciudadanía. Y este tema me parece de singular importancia referido a Tarigo porque, como bien decía hace minutos el señor Diputado Bergstein, Tarigo fue una referencia.

He escuchado, tanto en el homenaje que se le ha hecho en el Senado como en el que se le está tributando en esta Cámara, a voces de todos los partidos políticos enfatizar y remarcar cada una de las virtudes que tuvo un ciudadano, un republicano y un demócrata ejemplar. Pero, más allá de eso, más allá de algún brillante editorial que también hemos leído en estos días y hasta de algunas cartas de lectores aparecidas en la prensa de nuestro país, me gustaría que en la vida cotidiana, en la sobremesa familiar, en la charla entre amigos, en la conversación de la oficina, en la tertulia, se hablara aunque fuese un minuto en reconocimiento de lo que ha sido este gran uruguayo, porque si así no sucediera, señor Presidente, algo le estaría pasando a nuestra sociedad.

Yo recuerdo, en el momento en que vivíamos todos la necesidad de más libertad, la nostalgia que había por los políticos en nuestro país, aquellos que fueron tan denostados, tan criticados, pero que cuan-

do no estaban la gente sentía que hubiera sido mil veces preferible tenerlos, para poder juzgarlos, para poder cambiarlos, haciendo patente en ellos la voluntad de cada uno de los orientales.

Recuerdo también lo que para muchos de nosotros significaba ponernos debajo del brazo un ejemplar del diario "El Día" y entrar desafiante a nuestro lugar de trabajo, como si allí lleváramos una mochila de ideas que estábamos dispuestos a repetir y a difundir, a partir de aquellas columnas inolvidables que escribía Tarigo. Y quizás eso sea lo que hoy más recordemos y extrañemos de Tarigo, pero también lo que sentimos como más fecundo y perdurable de un hombre que, naturalmente, no agota en ello su mensaje ni su razón de haber pasado por este mundo en su existencia física, sino que nos deja un legado de mucha responsabilidad a todos y cada uno de nosotros.

Tarigo, sin duda, no era un candidato con vocación. Yo recuerdo haberlo acompañado en algunas giras, en oportunidad de las elecciones internas de 1989, y no demostraba un particular entusiasmo por subirse a una tribuna ni por adoptar las poses ni las actitudes que, naturalmente, un candidato muchas veces debe asumir: la sonrisa para una fotografía oportuna, el saludo seductor a muchos de sus admiradores o partidarios; a Tarigo le costaba todo esto porque era un hombre austero en el ciento por ciento de su conducta. Es por eso que cuando se remarca su coraje y valentía, que fue lo primero que nos sedujo de Tarigo cuando leíamos aquellos editoriales y, naturalmente, cuando lo escuchábamos hablar, uno comprende que esto no era lo esencial, sino que era una consecuencia; y esto lo entendí mucho tiempo después. Hoy pienso que no se puede ser demócrata, que no se puede ser un liberal desde el punto de vista político sin ser valiente, porque en la medida en que no se tenga el coraje de ser consecuente con estas ideas, entonces uno ya no es tan liberal ni tan demócrata. Cuando se tienen ideas y esas ideas se sienten como una parte del ser mismo, hay que tener la consecuencia para defenderlas con todo lo que uno tiene a su alcance, inclusive con la vida misma.

Decía que estoy preocupado y con el deseo de que el pueblo uruguayo comprenda que la clase dirigente, la clase política, no es ni más ni menos que la expresión del propio pueblo; que si no somos mejores, si no somos más capaces, si no adoptamos las

decisiones más sabias, nadie puede cambiar eso sino el mismo pueblo; y que, en todo caso, siendo la expresión de ese pueblo y renovando un vale de confianza cada cinco años en un régimen de elecciones libres, la posibilidad de tener los mejores dirigentes se logra participando, estando, dirigiendo y actuando.

Y esto fue lo que hizo Tarigo: como un simple ciudadano que en determinado momento sintió el llamado del deber en defensa de la democracia, hizo lo que estaba a su alcance; lo hizo brillantemente, sembrando la semilla de frutos que muchos de nosotros recogimos y pretendemos volver a sembrar; y cuando creyó su deber cumplido y su pasaje por la política agotado, se retiró a la vida de ciudadano y de profesor con la misma valentía, con la misma sobriedad y con la misma brillantez con que había hecho las demás cosas.

Hay algo poco conocido, señor Presidente, por lo menos para la mayoría de los jóvenes de hoy, que es el "Decálogo del joven batllista", que escribió Tarigo en 1987 y que me gustaría, si la Cámara lo permite, incorporar íntegramente a la versión taquigráfica de la sesión del día de hoy. No obstante, desearía mencionar brevemente algunos de sus conceptos fundamentales.

En este decálogo, dirigido a los jóvenes que comenzaban a hacer política, Tarigo escribía: "Estudia.- [...] Estudiar la realidad, entonces, para conocerla de primera mano, configura pues un deber insoslayable de todo quien quiera dedicarse a la actividad política. [...] Piensa.- La política, como el derecho, se aprende estudiando pero se ejerce pensando. [...] Trabaja.- La política es también una ardua fatiga puesta al servicio de los ideales que nos han movido a dedicarnos a ella". En el cuarto consejo dice: "Lucha.- La actividad política es, casi por definición, una lucha constante. Pero es la expresión civilizada de la lucha. Ella tiende no a vencer sino a convencer. [...] Sé leal.- Leal para contigo mismo, antes que nada, que deberás posponer siempre tu propio interés, o el interés de tu grupo, a los ideales y a los intereses del Partido", y estos a los de la patria. Dice Tarigo, citando a Couture: "Tolera.- 'Tolera la verdad ajena en la misma medida en que quieras que sea tolerada la tuya' [...]. En materia política quizá sea más difícil que en materia jurídica tolerar la verdad ajena. [...] Ten paciencia.- [...] Pensemos que es mejor dar que recibir y que dando y dándonos a nuestra misión, a nuestra vocación, a

nuestro quehacer partidario, un poco antes o un poco después vendrá el reconocimiento a nuestra labor. [...] Ten fe.- Ten fe en la democracia, que es el único sistema de gobierno digno de hombres libres; ten fe en la libertad que no es otra cosa, en sustancia, que la afirmación de la dignidad humana; ten fe en el liberalismo político que es el único ideario compatible con la libertad y con las libertades. [...] Olvida.- La política es" un vagón, en el que la lucha de pasiones predomina. "Por eso, a ella se aplica perfectamente la idea de que 'si en cada batalla fueras cargando tu alma de rencor, llegará un día en que la vida será imposible'" de vivir "'para ti'". En su décimo consejo, Tarigo dice: "Ama tu quehacer político.- [...] nadie se recibe de político de una vez para siempre. Cada cinco años, inexorablemente, los representantes del pueblo deberán someterse, una y otra vez, al veredicto de las urnas y resultarán reelectos o no".

Estos conceptos, que cada vez que hacemos uso de la palabra en uno de los homenajes que se tributan a los grandes de nuestro país, sean del partido que fueren, hemos reiterado insistentemente como un legado que recibimos y que deseamos seguir transmitiendo, tienen mucho en común con el legado que Hugo Batalla, Santiago Rompani, Amílcar Vasconcellos, Adela Reta, Renán Rodríguez, Luis Brezzo y Matilde Ibáñez nos han dejado en su ida de este mundo, hace no mucho tiempo.

Quiero manifestar aquí, señor Presidente, más que mi orgullo de pertenecer a la colectividad política que ha dado a estos hombres y mujeres, mi orgullo por ser uruguayo, y compartir con estos compatriotas un pasaje de dignidad y de vocación por los demás uruguayos que sin duda nos marca a todos.

Muchas gracias.

SEÑOR PRESIDENTE (Álvarez).- Tiene la palabra el señor Diputado Vener Carboni.

SEÑOR VENER CARBONI.- Señor Presidente: Tarigo fue el hombre justo en el momento justo.

Escucharlo en la batalla del ochenta significaba ensamblar dos sentimientos: la alegría y el temor. La alegría de oír a alguien que decía lo que muchos pensábamos y no nos animábamos o no podíamos decir, y el temor de que tanto arrojo implicara la cárcel para el gladiador que tan bien nos representaba.

Tarigo no solo venció, sino que nos ayudó a vencer el miedo en aquellos tiempos; nos convenció de que la actitud de enfrentar a la dictadura era una actitud que tenía sentido y que tenía futuro. En épocas en que los partidos políticos tenían a sus principales figuras proscritas, sin posibilidades de actuar en defensa de las instituciones, al decir del gran Renán Rodríguez, el Partido Colorado se muestra como la hidra mitológica de la laguna de Lerna, que cuando le cortan una cabeza le nacen dos; y una de esas cabezas fue la del doctor Tarigo.

Alguna frase que escuché por ahí señala que donde crece el peligro crece lo que nos salva, y ante el crecimiento impetuoso del deseo del proceso cívico-militar de perpetuarse a través de la Carta Magna, crece la figura de Tarigo para impedirlo. Tarigo arrojó luz en la oscuridad; fue el faro en la noche de la República que alumbró el camino de salida. Y esto figura en el currículum de muy pocos.

SEÑOR PRESIDENTE (Álvarez).- Tiene la palabra el señor Diputado Fernández Chaves.

SEÑOR FERNÁNDEZ CHAVES.- Señor Presidente: adhiero a las palabras que han expresado con brillantez los señores Diputados que me han precedido en el uso de la palabra.

Quiero decir, brevemente, que entiendo que Tarigo fue, por sobre todo, un hombre de gran valor, a quien no le tembló la mano cuando tuvo que renunciar a la cátedra en la Facultad de Derecho porque había sido destituido un colega, el doctor Arlas. Él inmediatamente presenta una carta de renuncia -tuve la oportunidad de leerla- en la que recrimina a las autoridades de la Universidad, intervenida en esos momentos, la actitud que habían tenido con quien era el catedrático de la materia y, a su vez, un hombre de bien y un demócrata.

También tuvo valor, en un gesto que fue simbólico pero a la vez real, cuando anunció en la Asamblea General que guardaba un revólver en su escritorio. Ese gesto fue simbólico porque, más allá de toda otra presunción, significaba la defensa de la democracia y de las instituciones, pero, además, fue real, porque anunciaba que si alguna situación pudiera darse, ni él ni sus presuntos captores saldrían con vida del Palacio.

Tuvo valor cuando, entendiendo que había terminado su ciclo político, renunció a la banca del Senado para la que había sido electo. Tuvo valor cuando renunció a la Embajada de España, la más cotizada que puede tener el país en el extranjero, para venir aquí a trabajar en la culminación del "Tratado de Derecho Procesal". Estuve presente en una conversación que él tuvo con el entonces Presidente Sanguinetti, en la que le anunció que en pocos meses presentaría renuncia a ese cargo, porque su verdadera vocación era terminar ese tratado, que sería muy importante para el derecho uruguayo.

Fue un gran abogado, un brillante profesor, de una claridad meridiana en sus clases, y sistematizó el derecho procesal en el tratado al que hice referencia.

Hace apenas un mes y medio, Tarigo estuvo en este Parlamento, en calidad de profesor, informando a la Comisión de Hacienda, integrada con la de Constitución, Códigos, Legislación General y Administración.

Fue un polemista temible, que nunca tuvo miedo de decir lo que sentía y que, en ese famoso debate de 1980 -al que han hecho referencia tantos señores Diputados-, conjuntamente con el doctor Pons Etcheverry, hizo sentar a sus adversarios, el coronel Bolentini y el doctor Viana Reyes, en el banquillo de los acusados, en el que el pueblo y el sentimiento democrático del país les estaba reprochando los años de dictadura.

Fue un Vicepresidente estupendo, leal a su Presidente y ecuaníme en la conducción de la Asamblea General; un editorialista de fuste -como ya quedan muy pocos en el país-, claro, conciso y racional, como fueron todos sus actos en la vida. Pero, por sobre todo, fue un republicano formidable, austero, corajudo, sobrio, que es parte ya de la historia de este país.

Muchas gracias.

SEÑOR BERGSTEIN.- ¿Me permite, señor Presidente?

SEÑOR PRESIDENTE (Álvarez).- Tiene la palabra el señor Diputado.

SEÑOR BERGSTEIN.- Señor Presidente: mociono para que la Cámara realice un minuto de silencio en homenaje al doctor Tarigo y para que la versión taquigráfica de las palabras pronunciadas en esta sesión sea enviada a su esposa y al Partido Colorado.

SEÑOR PRESIDENTE (Álvarez).- Se va a votar la moción del señor Diputado.

(Se vota)

—Treinta y ocho por la afirmativa: AFIRMATIVA. Unanimidad.

La Mesa invita a la Sala y a la barra a ponerse de pie y guardar un minuto de silencio.

(Así se procede)

—Se levanta la sesión.

(Es la hora 17 y 22)

GUILLERMO ÁLVAREZ

PRESIDENTE

Dra. Margarita Reyes Galván

Secretaria Relatora

Dr. Horacio D. Catalurda

Secretario Redactor

Mario Tolosa

Director del Cuerpo de Taquígrafos